



Federico Lazarín Miranda

2021

## Prólogo

# Metodologías y teorías en la historia oral y la investigación en educación

En S. Liddiard Cárdenas, J.A. Trujillo Holguín, F.A. Pérez Piñón y G. Hernández Orozco (coords.). *La historia oral: usos y posibilidades en la investigación histórico-educativa* (pp. 9-19). Chihuahua, México: Red de Investigadores Educativos Chihuahua.



Esta obra está bajo licencia internacional  
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0.  
CC BY-NC 4.0

# Metodologías y teorías en la historia oral y la investigación en educación

En nuestra concepción occidental de la historia Heródoto de Halicarnaso (ca. 484 a.c.-ca. 425 a.c.) y Tucídides (ca. 460 a.c.-ca. 396 a.c.) son considerados los fundadores de la disciplina, al primero se le supone el padre porque inició la escritura de relatos de acontecimientos de su época, con el fin de que no se perdiera la memoria de los hechos públicos con el tiempo, así como para resaltar las hazañas de los griegos y los bárbaros (Pou, 2000, p. 13). Por otro lado, se considera que Tucídides fue el fundador de la historiografía, debido a que pensaba que la historia la hacían los hombres a pesar de que pudieran suceder infortunios de forma imprevisible. Pensaba que la historia no era producto del juego o conflicto entre los dioses a quienes se pudiera imputar su desarrollo, por lo cual decía que era posible conocerla utilizando un método riguroso: recogiendo cuidadosamente sus datos en número relevante y atendiendo a diversas perspectivas que en principio pudieran incluir los distintos puntos de vista en conflicto, además de que exponía las fuentes que utilizó y el modo de obtenerlas (Burgos, 2018).

Me preguntará el lector qué hace aquí la historia de los fundadores de la historia. Además de que los cita Alma Elizabeth Vite Vargas en su artículo en este mismo texto, la historia viene a colación porque aquellos antiguos historiadores hicieron narraciones de acontecimientos del pasado reciente, por ejemplo: las Guerras Médicas (490 a.c. y 481-479 a.c.) Heródoto y la Guerra del Peloponeso (431-404 a.c.) Tucídides.

Al paso del tiempo y sobre todo a partir del último tercio del siglo XIX se impuso la idea de que la historia debía de ocuparse de un pasado más lejano, al evolucionar el pensamiento historiográfico e imponer la noción de que el historiador debía ser objetivo, que no podía ser imparcial en la reconstrucción de los hechos

históricos, por lo que el pasado reciente o inmediato no se podía estudiar, pues lo había vivido el mismo historiador y, por tanto, iba a tomar partido por personajes o situaciones, además, para que su historia fuera rigurosamente científica debía recopilar su información de fuentes documentales. A esa situación se sumó la restricción del acceso a los acervos documentales, para consultar esas fuentes la regla que impusieron las administraciones y los archivistas era que la documentación debía tener más de 30 o 50 años de antigüedad; de tal forma se fue imponiendo la idea de que para historizar un tema debía tener más de 30 años.

No entraré en este prólogo en un balance historiográfico que el lector podrá apreciar a lo largo del libro, lo importante para el tema que nos ocupa es que en la década de 1990 se reconoció que el historiador no podía ser objetivo, que por más pretensión que tuviera de serlo, en la práctica no lo podía ser pues él en sí mismo es un sujeto, con su propio pasado familiar, social y académico, esos factores a fin de cuentas están presentes en su investigación, escritura y análisis de los procesos históricos, por lo que después de varios siglos de abandono, la historia inmediata, reciente, contemporánea o del tiempo presente renació.

Por otra parte, como se podrá percatar el lector en este libro, la historia oral ha sufrido una crítica similar a la que se dirigió a la historia reciente: las fuentes de la historia oral, es decir, los informantes, no son objetivos, porque se piensa, como decimos en México, muy coloquialmente, “cada quien habla de la feria según le va en ella”, lo que significa que cada quien da su versión de los acontecimientos. Pero en el desarrollo de nuestra disciplina hemos aprendido a entender esa situación y sabemos que todas las fuentes documentales, cuantitativas o materiales tiene el sesgo de quien las produjo, por ello en nuestra formación aprendemos a aplicar la crítica de fuentes, para poder establecer la certeza de la información que nos ofrecen, por lo que a estas alturas del siglo XXI nos queda claro que reconstruimos y explicamos procesos históricos basándonos en fuentes a las que hemos hecho una adecuada crítica.

*La historia oral: usos y posibilidades en la investigación histórico-educativa* tiene como objetivo “generar un espacio para la reflexión, discusión, análisis y difusión de trabajos de investigación que incorporan el enfoque de la historia oral como metodología para la aproximación a los fenómenos histórico-educativos”, de acuerdo con el proyecto de investigación desarrollado por el Cuerpo Académico de Historia e Historiografía de la Educación (UACH CA 111) de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

El texto es entonces resultado de un proyecto que culminó en una interesante obra colectiva que pone nuevamente en la palestra de la discusión a la historia oral, que tampoco es una rama de la historia tan nueva, data del siglo XX, como nos lo explican nuestros autores, pero desde su nacimiento ha tenido a sus detractores, por la fuente que utiliza: los propios actores sociales que participaron de una u otra forma en los acontecimientos que narran al historiador que con micrófono, grabadora, papel y lápiz en mano rescata la memoria, como decía Heródoto, para que no se pierda en el tiempo.

Más allá de la discusión acerca de lo adecuado o inadecuado de una u otra forma de reconstruir y analizar los procesos históricos, de lo que debemos estar conscientes es de que en nuestra disciplina hemos desarrollado distintas y variadas metodologías de búsqueda, recolección, almacenamiento, presentación de los avances de investigación que se traducen en reconstrucción y análisis de procesos históricos. Incluidos los de nuestra historia de la educación.

Como lo muestran cada diez años los estados del conocimiento que tan atinadamente ha venido publicando el Consejo México de Investigación Educativa (COMIE) desde 1992, en los volúmenes dedicados a la historiografía de la educación nos podemos percatar de los avances que ha tenido nuestro campo: rigurosidad en el tratamiento de las fuentes, utilización de diversas metodologías en el almacenamiento, tratamiento y utilización de diversas teorías y categorías analíticas de las ciencias sociales para explicar los procesos histórico-educativos. Hemos abordado ese pasado desde lo social, lo regional, lo político, lo cultural y desde la oralidad en un auténtico uso de la interdisciplina, o transdisciplina, como se le dice hoy en día.

Precisamente este libro es una muestra de ello, en la presentación, discusión y utilización de diversas metodologías en historia oral, en la recopilación, tratamiento de información oral, así como en su traducción en artículos que reconstruyen y analizan procesos histórico-educativos desde la visión de los informantes de cada autor.

De acuerdo con Naput (2018, p. 112):

La historia oral no es un simple método al servicio de una vieja disciplina, sino otra manera de pensar y hacer historia. Nos permite registrar un universo de significantes que pasan desapercibidos ante los ojos de un historiador avezado en el uso de técnicas de investigación tradicionales que ubican su centro en el documento escrito. El tratamiento específico de la entrevista conlleva una mirada original sobre el discurso del entrevistado, aportando al conjunto de las ciencias sociales

claves de lectura del archivo oral que permanece, la más de las veces, disfrazadas tras la aparente transparencia del testimonio; enseñando a descifrar lo rutinario tras lo espectacular, lo no-dicho tras lo explícito, el silencio tras el murmullo, en suma, un conjunto de representaciones que se construyen en la cotidianidad del sujeto interpelado.

Para Naput la historia oral tiene por lo menos cuatro elementos que ella clasifica de la siguiente manera: 1. Una historia acontecimental, que menos original, aunque eficaz, en la que las fuentes orales permiten descubrir lo no-dicho, además de percibir la microsociología del poder o la crónica de una serie de eventos no registrados en los documentos escritos; 2. “Una historia de la vida cotidiana, es decir, el espacio donde se ven rebasadas las fronteras entre lo público y lo privado, la intersección de la experiencia individual con la historia de un grupo”; 3. Es una herramienta clave para descifrar cómo funciona la memoria de un grupo social, y 4. Es un factor primordial en la reconstrucción de historias de vida (Naput, 2018, pp. 113-116).

Ahora me voy a tomar la licencia de parafrasear a algunos de los colegas que escriben este libro (no les diré quienes para que ustedes los descubran en la lectura del texto): la historia oral permite al historiador recurrir a testigos presenciales para utilizarlos como fuentes, con ello se logra un resultado diferente al que se obtiene con el mero uso de documentos, además, no es exagerado decir que la historia oral permite “humanizar la historia”, pues no solo se basa en la reconstrucción de hechos, permite mostrar apreciaciones subjetivas y experiencias intensas y muy sentidas de los actores (y actrices) que construyen la historia local y global.

Decía Guillermo Bonfil Batalla en la introducción a la obra *Mi pueblo durante la Revolución* que el objetivo de recopilar testimonios orales y escritos de gente que vivió ese conflicto no era el de alimentar la curiosidad ni la nostalgia o recabar algunas minucias para los historiadores, por el contrario, se tenía la intención de “obtener información testimonial que diera cuenta del acontecer cotidiano durante aquellos años, en los más diversos puntos del país, tanto en el medio rural como en las pequeñas ciudades y en los distintos barrios de la capital. No los grandes hechos de la guerra, narrados solo por excepción, sino la vida diaria, las mil maneras de sobrevivir” (Bonfil, 2010, p. 16), además añadía que el testimonio oral permite observar la cultura popular, elemento fundamental para entender los procesos histórico-educativos regionales y micro-regionales; también nos permite reconstruir la historia desde abajo, es decir, de gente común y corriente, de las masas, como

las llamó E. P. Thompson (2001), que no siempre producen documentos que se puedan conservar en los archivos históricos.

De tal forma, este libro aborda la historia oral para explorar metodologías, formas de reconstrucción de acontecimientos históricos y categorías analíticas aplicadas a la investigación histórico-educativa. Los artículos que integran el texto muestran distintas metodologías de la historia oral, desde la diversidad de la información que ofrecieron los informantes a cada autor: hombres, mujeres, jóvenes, cada actor y actriz social dieron su testimonio con la perspectiva del lugar, la posición desde la que vivieron y observaron los hechos narrados.

El libro está dividido en tres partes: *Comunidades, instituciones educativas y sujetos en la historia oral*; *Laberintos en la historia oral, aspectos teóricos y metodológicos*, y *Testimonios en la historia oral, entre la narración y el recuerdo*. En estas partes quedaron integrados los capítulos que discuten las posibilidades de uso y reconstrucción de procesos histórico-educativos, desde las distintas perspectivas metodológicas que cada autor utilizó para responder a las preguntas y objetivos que tenían sus investigaciones.

La primera parte está integrada por cuatro capítulos: el primero de ellos es de Juan Páez Cárdenas, denominado “Maestras y maestros del oriente de Iztapalapa. Trayectorias de lucha desde la disidencia”; en él se describe y analiza el entrecruzamiento entre los testimonios orales de maestros entrevistados y la movilización magisterial entre las décadas del setenta y ochenta, descubriendo factores culturales comunes. Juan Páez descubrió cómo el origen de los docentes en familias pobres y su formación en la Escuela Nacional de Maestros (ENM) potenciaron su formación política a la par de la pedagógica. Esta situación es muy interesante, pues la historia oral le permitió a nuestro autor ir más allá del currículo académico para descubrir el oculto que le ayudó a descubrir cómo se iniciaron en la teoría y la práctica política al “participar en los movimientos estudiantiles, los grupos políticos, culturales y de estudio, además del contacto con algunos profesores de la institución”. Así J. Páez logró “un enlace entre las vivencias personales y la construcción de una trayectoria de identificación con una militancia político-pedagógica”.

El segundo artículo, de Hallier Arnulfo Morales Dueñas, aborda un tema importante de la historia política y social del siglo XX mexicano, en ella se enlaza la movilización de los normalistas rurales con la problemática política más general del país, además de mostrar que este movimiento no es un fenómeno del siglo XXI sino que tiene sus raíces en el siglo anterior. El capítulo muestra cómo se dio una escisión en la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México

(agrupación que integraba a la mayoría de los estudiantes normalistas rurales del país), entre 1961 y 1969, que dio vida a una facción armada del movimiento magisterial con el asalto al cuartel de Madera en Chihuahua en este último año, acontecimiento que además encendió la mecha de la guerrilla campesina y urbana que se hizo presente en el país en los años setenta. Hallier Morales concluye que el conflicto entre los gobiernos –supuestamente conciliadores– y el movimiento en las normales rurales, cada vez más combativo, mantuvo a esas instituciones atrapadas entre dos frentes opuestos: de un lado la visión de los organismos de inteligencia del Estado mexicano y, por el otro, la desconfianza de los estudiantes frente a las autoridades que tomaban decisiones e imponían acuerdos fundados en el imaginario político e ideológico del discurso revolucionario. Para nuestro autor “el futuro solo encontró un resultado posible: el enfrentamiento”.

Ayamel Fernández García presenta la tercera colaboración de este apartado, en la que se evaluó la historia oral como herramienta para la educación popular en una comunidad tlaxcalteca entre los años de 2015 y 2017. La idea de nuestro autor fue conocer la historia de una comunidad rescatando su memoria colectiva, de tal manera que el trabajo partió de la siguiente pregunta de investigación: “¿De qué forma la historia oral puede ser utilizada dentro de las prácticas de la educación popular?” El supuesto que guió la investigación de Ayamel Fernández fue que esta “metodología puede ser una importante herramienta que detona procesos comunitarios de discusión sobre la conciencia histórica, memoria e identidad comunitaria, fundamentos esenciales en la educación popular”. El reto era crear espacios en los que diversas visiones e interpretaciones fueran escuchadas, tanto por educadores populares e investigadores, así como por los miembros de la comunidad. De esta forma la propia comunidad, a través del rescate de su memoria colectiva, puede investigar lo que “le inquieta y le importa traer al presente, no solo lo que el educador o investigador considera importante”.

La primera parte del libro se cierra con el artículo de Stefany Liddiard Cárdenas, propuesta interesante que valora la ética en el uso de testimonios de una comunidad minoritaria; ello es importante porque en ocasiones el investigador cree que tiene todo el derecho de ingresar en una comunidad a entrevistar a quien quiera, preguntar lo que sea, sin tener el mayor respeto por sus informantes y la comunidad que forman. En estos tiempos en que se exige “alta productividad y rapidez en los resultados a los investigadores” se pueden dar casos en los que el historiador, en el afán de tener productos para cumplir con esas exigencias, no tenga la sensibilidad, ética y responsabilidad profesional en sus actividades en la

comunidad de su interés. De tal forma, Stefany Liddiard hace un llamado para que el investigador actúe con responsabilidad ética, moral y legal en sus indagaciones, por lo que nos presenta los cuatro grandes principios éticos de Hall (2008): de integridad, de dignidad, de privacidad y, por último, de bienestar social. Así, esta autora concluye que aplicando esos principios la historia oral “puede darle voz a aquellos que han permanecido en silencio durante años”, además de “reconstruir los elementos culturales que se producen y reproducen en la vida cotidiana, en la cual se propicia una historia cargada de simbolismos, tradiciones y costumbres”. Asimismo, ello permite rescatar las representaciones en la memoria social de una comunidad étnica y minoritaria, que propicia la reconstrucción e interpretación del sentido de identidad de la misma, en la que está presente la influencia de los procesos de educación informal que se dan en la interacción de múltiples agentes educativos como la familia, la iglesia o la misma comunidad.

La segunda parte del texto aborda los aspectos teóricos y metodológicos de la historia oral y se abre con el artículo de Araceli Almaraz Alvarado que pone de manifiesto la importancia de la creación y uso de archivos orales para su aprovechamiento tanto en la historia como en las ciencias sociales. La propuesta específica se dirige a la enseñanza del método biográfico en la sociología de las organizaciones, la administración de negocios, la historia de las instituciones y los estudios regionales. Para ello la autora divide su escrito en tres apartados: en primer lugar resalta la importancia de los archivos orales en las ciencias sociales; en el segundo enfatiza la riqueza de los archivos orales para la investigación en ciencias sociales y en la docencia, y en tercer término se presentan elementos para la enseñanza del método biográfico utilizando la historia oral en el ámbito de los negocios.

En el segundo capítulo de esta parte del libro, denominado “Conciencia histórica en la oralidad y lo documental”, Francisco Alberto Pérez Piñón y Guillermo Hernández Orozco hacen un balance de las investigaciones en historia oral; plantean los conceptos y sus usos, así como la utilidad de la historia; reafirman la necesidad de “rescatar desde la oralidad o desde la historia del tiempo presente la memoria de los acontecimientos que aún permanece en los sujetos”. Además consideran que la construcción de la conciencia histórica es una herramienta con la cual reconstruir los acontecimientos históricos, recuperación que haremos de “los documentos archivados, como ese tesoro al que hay que hacer hablar, o de las oralidades, de las cuales nos interesa conocer lo que conservan en su memoria las personas y cómo han sido afectadas o no para luego hacer su revestimiento para lograr el pacto de verdad”.



El capítulo de Jesús Adolfo Trujillo Holguín cierra la segunda parte del libro con una propuesta sobre la historia de un caso particular en el estado de Chihuahua en el que se reconstruyó la historia educativa. La Ranchería Juárez sirvió como laboratorio de investigación para dar voz a la gente común; el objetivo era reconstruir los hechos de la vida cotidiana de esa comunidad, ello daría a los habitantes de este lugar los recuerdos de su pasado común que, a su vez, darían un nuevo significado a su identidad cultural. Jesús Trujillo utiliza las categorías analíticas de memoria e identidad, con ellas el proyecto fue más allá de la recopilación de información oral para reconstruir la historia de la Ranchería, por lo que a través de la edición de un libro se esperaba contribuir a preservar la memoria colectiva, texto que además serviría como herramienta de trabajo para utilizarse en la educación básica; con ello se esperaba que las nuevas generaciones identificaran un pasado común relacionado con la historia de su comunidad.

La tercera parte del libro aborda los testimonios orales desde la perspectiva de la narración y el recuerdo. En este sentido Cirila Cervera Delgado hace un ejercicio interesante de narración y recuerdo, pues como lo expresó en algún momento Gabriel Tortella (Universidad de Alcalá de Henares), el historiador puede hacer introspección sobre su propio quehacer; así Cirila Cervera nos relata el camino que ella ha recorrido por la historia de la educación a través de la historia oral, los aciertos y desaciertos en los trabajos que realizó. Para esta autora, “como cualquier otra opción metodológica, la historia oral tiene fortalezas y debilidades”; lo interesante de este artículo es que se hace una introspección y la autora se convierte en informante de sí misma, es decir, recuperó sus propias experiencias como investigadora de la educación, utilizando la metodología de la historia oral. Ello hace sumamente enriquecedor el libro: conocer las situaciones y problemas que se enfrentan en la investigación en historia oral para reconstruir y explicar procesos históricos. Es interesante conocer una de las reflexiones que hace Cervera sobre su propio quehacer: “Como en toda la investigación educativa, cada opción metodológica tiene sus puntos infranqueables y vulnerables. Yo solo he hecho el intento de plasmar cómo me ha ido, en una confesión de mis venturas y desventuras en este modo de hacer historia”.

Alma Elizabeth Vite Vargas nos recuerda que, en los orígenes de la historia, la fuente oral es “tanto vieja como nueva: se usó en la antigüedad ya desde Herodoto y Tucídides como una forma de recuperar a través del relato de los protagonistas los hechos ocurridos”; después este tipo de fuentes fueron cuestionadas por la historia “científica”, por considerarlas subjetivas, pero es claro que cualquier tipo

de fuente, hasta la escrita, posee la subjetividad de quien la elaboró. Alma Vite recupera la historia de vida de una maestra de Hidalgo que trabajó por tres décadas en la educación pública de su estado. El testimonio oral le permitió a la autora descubrir de su informante cómo se construyó como profesora y mujer, así como recuperar los procesos educativos en la escuela pública hidalguense. Alma Vite reflexiona que “solo el testimonio directo de quien estuvo en el proceso es capaz de dar luz a los detalles y vericuetos que dan contenido a la fría letra de la política educativa”, lo cual es de gran valor para la autora.

Por su parte, en “Escuchar a los que no fueron escuchados. El uso de la historia oral en un estudio sobre jóvenes rebeldes sesenteros”, Salvador Camacho Sandoval rescata tanto el recuerdo de aquellos jóvenes de los años sesenta como sus propias experiencias personales en el trabajo con la historia oral. Plantea cómo la entrevista es una extraordinaria herramienta de investigación, pues además de ofrecer información al investigador también da perspectiva y sentido, permite un acercamiento diferente a los procesos histórico-regionales. Salvador Camacho plantea y rescata un aspecto importante que en estos tiempos de alta tecnología y capitalismo salvaje se ha perdido hasta en el quehacer del investigador del pasado social: “humanizar la historia”. Para este autor la historia oral no solo es la reconstrucción de hechos “sino que permite mostrar apreciaciones subjetivas y experiencias intensas y muy sentidas de los actores (y actrices) que construyen la historia local y global”. Lo interesante es que los testimonios de los jóvenes le permitieron profundizar en lo que ellos vivieron, asimismo descubrir cómo disfrutaron y padecieron su rebeldía; además de reconstruir la respuesta social de sus movimientos: de aceptación y simpatías por algunos sectores, así como el fuerte rechazo de las autoridades escolares y el gobierno, tanto como de sus propios padres.

Arianna Vega Hernández y Jesús Adolfo Trujillo Holguín realizan una exploración metodológica de la entrevista como herramienta de la historia oral. Muestran cómo esta técnica proporciona al investigador elementos para enriquecer el análisis de los procesos históricos en general y de la educación en particular. Así, plantean cuatro elementos de discusión a lo largo del capítulo, a saber: “Las fuentes orales: usos, detractores e importancia”, “Historia oral en la investigación histórica”, “Entrevista histórica en la investigación educativa”, “Una entrevista necesaria: experiencia personal” y “análisis” de la propia entrevista. Así los autores muestran que el testimonio del entrevistado ofrece una historia diferente a la contada en libros o memorias escritas; es además una visión e interpretación distinta de un fenómeno y da información que otras fuentes pasan por alto, por lo que añade

elementos a la interpretación y análisis de los procesos en los que se aprecian sentimientos claros o reacciones ante hechos vividos.

El capítulo que cierra el libro se denomina “¿Yo formo parte del equipo?”. En él María de Lourdes González Peña y Eilén Oviedo González ofrecen una historia de vida muy conmovedora sobre las experiencias de una docente, coordinadora de un área de psicología de nivel medio superior, a quien paulatinamente le fue disminuyendo su capacidad auditiva hasta la pérdida total entre los años 1983 y 2019, periodo en el que estuvo en servicio activo. González y Oviedo se proponen reconstruir el proceso de jubilación desde la perspectiva de la profesora, así como la transición a la jubilación, comparando los factores por los que tuvo que transitar desde una docencia como oyente a una jubilación con hipoacusia. Con esos elementos González y Oviedo muestran cómo los programas y mecanismos de jubilación en instituciones de educación e investigación superior no ofrecen la perspectiva de una vida satisfactoria a quienes toman la decisión de retiro, y mucho menos en el caso de jubilación por motivos de salud. La idea de este artículo, además de la exploración en las técnicas y métodos de la historia oral, es incidir en las políticas gubernamentales para ofrecer mejores mecanismos de retiro a los docentes.

El libro es muy sugerente, es un diálogo y discusión en torno a los aportes y limitaciones de la historia oral en la investigación en educación, que considero que tiene más de los primeros que de las segundas. Cada artículo nos muestra que en la historia no existe un método y una técnica, sino que existen metodologías y técnicas de acuerdo con los temas y problemas de investigación que queremos reconstruir y explicar.

En cada aportación encontramos métodos, técnicas e interpretaciones historiográficas, así como experiencias, tanto de actores y actrices sociales que vivieron distintos procesos en diferentes regiones del país como de los propios investigadores. Incluso, como afirma Salvador Camacho, la historia oral nos recuerda que la historia antes que una ciencia social es una práctica humanista que va más allá de los procesos estructurales y tiene que penetrar en el fondo de las experiencias y sentimientos de las mujeres y hombres en el tiempo.

FEDERICO LAZARÍN MIRANDA  
*Coyoacán, Ciudad de México*  
*Diciembre de 2020*

## Referencias

- Burgos Á., I. (2018). *Estudio historiográfico de Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides*. Recuperado de: [https://www.academia.edu/29670307/Tucidides\\_Historia\\_de\\_la\\_Guerra\\_del\\_Peloponeso](https://www.academia.edu/29670307/Tucidides_Historia_de_la_Guerra_del_Peloponeso).
- Naput, L. (2018). Los usos de la historia oral. Reflexiones teóricas y políticas en torno a una experiencia de investigación colaborativa sobre las historias de la comunidad sorda argentina. *Revista Educación y Vínculos*, 1(1), 111-122. Recuperado de: <https://www.fc.edu.uner.edu.ar/educacionyvinculos/wp-content/uploads/sites/11/2018/02/Naput.pdf?fbclid=IwAR0wdTjkIQ1EhPztO3eTFnujxQ9RMLo4lZqzxQz3GwKuLbolyXRbKFwiN0>.
- Pou, B. (2000). Prólogo. En Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de la historia*. Recuperado de: <http://www.elaleph.com>.
- Thompson, E. P. (2001). History from below. En D. Thompson (comp.), *The essential E. P. Thompson* (pp. 481-490). Nueva York: The New Press.